

AMIGOS DE JESÚS, EL BUEN PASTOR

1. Hermanos y hermanas.

Queridos Marcos, Eduardo, José Tomás, Francisco Javier, Juan Jesús y Francisco Javier, **vais a ser sacerdotes**: Si Jesús os preguntara hoy, como dice S. Juan que preguntó a sus discípulos (Jn 21,15-17), si le amáis de verdad, os diría también: apacentad mis ovejas. Los presbíteros que están aquí os acogen como hermanos y os acogen los religiosos y seglares del Pueblo de Dios que peregrina con su Obispo, que es también el vuestro. En la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*, nuestro entrañable Juan Pablo II hacía hincapié en el *aspecto esencialmente relacional* de la identidad del presbítero:

«Mediante el sacerdocio, decía, que nace de la profundidad del inefable misterio de Dios, o sea, del amor del Padre, de la gracia de Jesucristo y del don de la unidad del Espíritu Santo, el presbítero está inserto sacramentalmente en la comunión con el Obispo y con los otros presbíteros, para servir al pueblo de Dios que es la Iglesia y atraer a todos a Cristo» (PDV 12).

- Nuestra identidad sacerdotal estriba, pues, en ser «imagen viva y transparente de Cristo sacerdote» (*ib.*). Más concretamente, «el presbítero encuentra la plena verdad de su identidad en ser

- una derivación,
- una participación específica y
- una continuación del mismo Cristo, sumo y eterno sacerdote de la nueva y eterna alianza» (*ib.*).

- De ahí que el sacerdote quede configurado, en virtud de su ordenación, en representación sacramental de Cristo, Cabeza y Pastor:

«Todo sacerdote, a su modo, representa a la persona del mismo Cristo. Por eso también recibe abundantemente una gracia especial para que pueda servir a los fieles que le han sido confiados y a todo el Pueblo de Dios, y así tender mejor a la perfección de Aquél a quien representa» (PO 12).

2. En el orden operativo, es decir, en la actuación y el comportamiento que hoy estrenáis, daréis la vida por aquéllos que os serán encomendados. Por ellos y por muchos, es decir, por todos, como expresa el lenguaje bíblico.

En el **rito de la ordenación** vais a escuchar, cada uno de vosotros:

- Considera lo que realizas,
- Imita lo que conmemoras,
- Conformar tu vida en el misterio de la Cruz del Señor.

Conscientes de que la mies es abundante, la labranza extensa y los jornaleros escasos, ved que no es fácil la misión que la Iglesia os confía. Pero tened confianza. El Vaticano II anima y alienta con amplitud de miras: «Para conseguir sus fines pastorales de renovación interna de la Iglesia, difusión del Evangelio en todo el mundo y diálogo con el mundo moderno, (este sacrosanto Concilio) exhorta vehementemente a todos los sacerdotes a que, empleando los medios recomendados por la Iglesia, se esfuercen en alcanzar una santidad cada día mayor, que los haga instrumentos cada vez más aptos al servicio de todo el Pueblo de Dios» (PO 12).

Para dejaros transformar y conformar a imagen y semejanza de Cristo, la Iglesia os ofrece, por tanto, medios que pone al alcance de todos sus hijos e hijas. Pero os regala también, a partir de este momento preciso, «el ministerio de la salvación que puede ejercerse en la diócesis» (cf. CD 23). Con una condición previa para asegurar el éxito: que seáis dóciles y os dejéis modelar por las manos de Dios.

«Los presbíteros disponen del ejercicio consciente de su ministerio. Pero tienen también los medios... que el Espíritu Santo nunca ha dejado de suscitar en el Pueblo de Dios... Entre todos los medios espirituales sobresalen aquellos actos en los que los fieles se alimentan con la palabra de Dios en la doble mesa de la Sagrada Escritura y de la Eucaristía. A nadie se le oculta la importancia que tiene para la propia santificación de los presbíteros el participar frecuentemente en ellas...

Los ministros de la gracia sacramental se unen íntimamente a Cristo... por medio de la recepción, tan eficaz, de los sacramentos, sobre todo con la acción sacramental de la penitencia... En la Santísima Virgen María encuentran siempre un maravilloso ejemplo de esta docilidad... Los presbíteros han de venerar y amar con devoción y culto filial a la Madre... Deben amar de corazón el diálogo diario con Cristo el Señor en las visitas y en el culto personal de la sagrada Eucaristía...» (PO 18).

La imposición de manos del Obispo, precisa Benedicto XVI, es el «gesto central del rito de la ordenación... Es un signo inseparable de la oración, de la que constituye una prolongación silenciosa. Sin decir palabra, el obispo consagrante y los demás sacerdotes tras él imponen las manos sobre la cabeza de los ordenandos, expresando así la invocación a Dios para que derrame su Espíritu sobre ellos y los transforme haciéndolos partícipes del sacerdocio de Cristo. Se trata de pocos segundos, de un tiempo brevísimo, pero colmado de extraordinaria densidad espiritual. Queridos ordenandos: En lo futuro, deberéis volver siempre a este momento, a este gesto que nada tiene de mágico y sin embargo es tan rico en misterio, pues en él está el origen de vuestra nueva misión» (27.4.2008).

3. Os van a imponer también sus manos conmigo los sacerdotes aquí presentes, que son muchos. Os invitaron un día a ir al Seminario, os han acompañado después en los años de vuestra formación y gozan hoy con todos, como gozamos todos, con vuestros padres, hermanos, familiares y amigos.

Gratitud sincera a todos y, de modo especial, a vuestros Rectores y al Director Espiritual del Teologado que hoy asumen otras responsabilidades.

¡Cuántos buenos ejemplos! ¡Cuántas horas de dedicación y de entrega generosísimas! ¡Cuántos desvelos, agradecidos a veces o no siempre valorados! ¡Dios lo conoce todo! Juan Pablo II, en una de sus cartas a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo, afirmaba:

«El sacerdote encuentra siempre, e invariablemente, la fuente de su propia identidad en Cristo Sacerdote. No es el mundo quien debe fijarle su estatuto o identidad según las necesidades o concepciones de las funciones sociales. El sacerdote está marcado con el sello del Sacerdocio de Cristo, para participar en su función de único Mediador y de Redentor.

Debido a esa vinculación fundamental, se abre ante el sacerdote un inmenso campo de servicio... que debe inspirarse totalmente en el amor a las almas, a ejemplo del Señor que entrega su vida por ellas... “El sacerdote debe estar siempre dispuesto a responder a las necesidades de las almas”, acostumbraba a decir el Cura de Ars. “Él no es para sí mismo, sino para vosotros”.

El Sacerdote es para los seglares. Los anima y sostiene en el ejercicio del sacerdocio común de los bautizados... Ha sido ordenado para actuar en nombre de Cristo-Cabeza, para ayudar a los hombres a entrar en la vida nueva abierta por Cristo, para dispensarles sus misterios, la Palabra, el perdón y el Pan de Vida, para reunirles en su cuerpo y ayudarles a formarse interiormente, para vivir y actuar según el designio salvífico de Dios... Los intentos de laicización del sacerdote son perjudiciales para la Iglesia. Esto, sin embargo, no quiere decir que el sacerdote pueda mantenerse alejado de las preocupaciones humanas de los seglares; por el contrario, ha de estar muy cerca de ellos, como Juan María Vianney, pero como sacerdote, mirando siempre a su salvación y al progreso del Reino de Dios... Es algo esencial para la Iglesia que la identidad del sacerdote esté salvaguardada, con su dimensión vertical. La vida y la personalidad del Cura de Ars son, a este respecto, un ejemplo luminoso y atrayente» (16.3.1986).

4. Una recomendación final

Para las consideraciones anteriores, me he fijado, como habéis oído, en el Magisterio del Vaticano II. No habíais nacido cuando se celebró este Concilio. Desde su clausura, el 8 de diciembre de 1965, siendo Papa en aquel momento Pablo VI, sus documentos han venido orientando la buena marcha de la Iglesia. Y sigue siendo fuente de inspiración y de comportamiento.

Vuelvo ahora a nuestro Papa Benedicto XVI. Otra bendición de Dios para la Iglesia y para el mundo. El pasado 19 de abril dijo en Nueva York a los jóvenes y a los seminaristas, reunidos en el Seminario de San José:

«El Pueblo de Dios espera de vosotros que seáis sacerdotes santos, caminando cotidianamente hacia la conversión, inculcando en los demás el deseo de entrar más profundamente en la vida eclesial de creyentes. Os exhorto a profundizar vuestra amistad con Jesús, el Buen Pastor. Hablad con Él de corazón a corazón. Rechazad toda tentación de ostentación, de

hacer carrera o de vanidad. Tended hacia un estilo de vida caracterizado auténticamente por la caridad, la castidad y la humildad, imitando a Cristo, el Sumo y Eterno Sacerdote, del que debéis llegar a ser imágenes vivas... Recordad que lo que cuenta ante el Señor es permanecer en su amor e irradiar su amor por los demás».

Queridos **Marcos, Eduardo, José Tomás, Francisco Javier, Juan Jesús y Francisco Javier**, cuantos estamos aquí, Obispo, presbiterio diocesano, religiosos y religiosas y fieles seculares de muy diversos lugares, os queremos – por eso hemos venido– y, porque os queremos, vamos a seguir encomendándoos. Pedid también por nosotros, y pidamos todos por Herbert, Robinson y Harold, Franciscanos de María, que se ordenan hoy también en Colombia y que se incorporarán a nuestro presbiterio diocesano. Tened la seguridad plena de que el Señor y la Señora tienen sus oídos abiertos, en este día y siempre, para escucharos.

Sois un curso estupendo. Cada uno en particular y como grupo. **Sed testigos y servidores de la alegría**, llevad el Evangelio de la alegría a los lugares donde seáis enviados y no os arruguéis a la hora de dar la cara por Jesucristo. Él es el Amigo, siempre cercano, siempre en contradicho y siempre fiel que no falla nunca.

«¿Acaso puede concebirse algo más hermoso que esto?, pregunta el Papa de la Palabra, el de vuestra ordenación. ¿Algo más grande, más entusiasmante que cooperar en difundir en el mundo la palabra de vida, que comunicar el agua viva del Espíritu Santo? Anunciar y testimoniar la alegría. Éste es el núcleo central de vuestra misión... El apóstol Pablo llama a los ministros del Evangelio “servidores de la alegría”... Para contribuir al gozo de los demás, en un mundo a menudo triste y negativo, es preciso que el fuego del Evangelio arda en vuestro interior, que os habite la alegría del Señor. Sólo así podréis ser mensajeros y multiplicadores de esa alegría y transmitirla a todos, particularmente a cuantos están tristes y descorazonados... Que os acompañe en esta misión y os proteja siempre la Virgen María... Madre y Estrella de vuestro sacerdocio. Amén» (27.4.2008).

A handwritten signature in black ink, starting with a plus sign and followed by the name 'Rafael' in a cursive script.

✠ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante